



## RENDIBÚ 18 FESTIVAL DE ARTES

Hasta el 17 de mayo se difundirán los trabajos del concurso en 'La Verdad' y laverdad.es  
RENDIBÚ: El arte toma los medios

# RELATOS

## ESTO NO ES UN RELATO

SRTA. HUDSON (PSEUDÓNIMO)

**E**sto no es un relato. Aquí no hay una historia. Eso es lo primero que tienes que saber. Que nadie se lleve a engaño y empiece a leer con la expectativa de encontrar unos personajes poliédricos sumidos en una pensadísima y compleja trama. Aquí solo estoy yo, bueno, y tú, que te acabas de unir. Bienvenido a casa. Ponte cómodo, pero no, tampoco te pases, no es para tanto. Solo voy a contarte por qué me estás leyendo. Básicamente, porque sabes unir unas palabras con otras y porque, casualmente, has dado con tus ojos en estas. No hay más. Yo necesito escribir y tú estás leyendo. ¿Te acuerdas de cuando tu hermano te gritaba cobardica si no querías apagar la luz al dormirte? Pues así estoy yo.

Conviene empezar por el principio, aunque en realidad no me apetece, así que comenzaré por mi dolor de cabeza de grado siete después de mi tratamiento con bótox. Ahora no puedo fruncir el ceño, pero sigo sufriendo estos malditos dolores de cabeza diarios. ¿Cuánto hay que sufrir contra uno mismo? Fue a los dieciséis años cuando me inicié en esa religión llena de resonancias, tacs y psiquiatras. Ni pastillas, ni acupuntura, ni hierbas. Ahora, a los veintiocho y después de haberlo probado casi todo sin apenas efecto, me dicen que probemos con pinchazos de toxina botulínica. En una ocasión, me leyeron la mano y me dijeron que tenía suerte, aunque eso sí, la justa. Un mes después de que me pincharan cuarenta veces en cuello, cabeza y cara, estoy con una señora jaqueca. Menos mal que lo pagaba la Seguridad Social.

En otro orden de cosas, diré que estoy escribiéndote sola en casa, mientras meriendo una rodaja de melón piel sapo y unas barritas energéticas que aprendí a cocinar la semana pasada. No estoy diciéndote toda la verdad y me propuse ser lo más sincera posible al escribir esto, así que ahí va: No estoy sola. Desde hace ya más de un año no paso ni un minuto sola, estoy siempre acompañada de mi más fiel amigo: un duende. No, no te asustes. Estoy loca, pero no tanto. Así es como he bautizado a mi ansiedad. Desde hace más de un año, no dejo ni un solo minuto de tener la sensación de que hay un duende sentado en mi pecho que no deja de engordar y que me impide respirar bien. Imagínate. Compartir tu vida con un duende, quieras o no, acaba influyéndote.

Ahora que ya sabes un poco más de mí –te agradezco el suplicio de continuar leyendo–, me siento más capaz de contarte por qué me he empeñado en escribirte. Resulta que un día, cuando era pequeña, inocente y no tenía cabeza que doliera, me inventé que quería ser escritora. Como si uno pudiera inventarse a sí mismo. Siempre he tenido muchos pájaros en la cabeza. Mi padre me lo dice des-



de que tengo uso de razón y lo repite de forma constante al menos una vez a la semana. La culpa es siempre de los pájaros. Mi abuela me escribió un cuento de fresa y otro de colorines y claro, eso te marca de por vida. Si ella podía regalarme cuentos escritos a máquina en los que yo era la protagonista, ¿cómo no iba a querer inventarme mis propias historias? Pero, ¿qué ocurre? Que no tengo imaginación. Y sin imaginación, lo de escribir parece que no tiene mucho sentido. Sí, ya sé que ahora se lleva mucho la autoficción, pero no me digas que no es un poco pretencioso dar por hecho que alguien quiera leer lo que te depara tu soporífera vida de niña mimada. No eres escritor si solo te dedicas a contar a la hora a la que te levantas y lo que desayunas. Que a mí me guste saber el color de las sábanas de Kafka no significa que eso sea de interés, sino que soy una cotilla sin remedio. ¿Por eso estás leyéndome tú? ¿Por puro cotilleo? Si sigues ahí, dime algo, hazme una señal. Mis sábanas son gris marengo.

Como esto parece un flujo de conciencia (perdóname madre Woolf, que no sé lo que hago), me despisto y no me centro en lo importante, imagínate mi estado mental. Perdóname. Aunque, oye, nadie te está obligando a leer, puedes irte cuando quieras. No quiero tomarte el pelo, es solo que necesito terminar de escribir esto. Qué testaruda soy, dios santo. Llevo empeñada en ganar el Rendibú desde que sé de su existencia. Y llueva, truene o haga ventolera, como hoy, los días antes del fin de plazo de recepción, ahí estoy, frustrada delante de un ordenador que no quiere encenderse, sin saber cómo se escribe un diálogo ni cómo se construye un personaje. Tengo que aceptarlo ya, me inventé que iba a ser escritora y no lo soy. Fin de la historia. Sí, he podido escribir alguna vez, pero eso no significa nada. Si solo quieres escribir para haber escrito, eres un fraude. Y punto. Aunque mira, ya que estoy puesta, termino esta fantochada, la imprimo, la envío y me quedo con la conciencia tranquila.

No te voy a mentir, claro que quiero ganar, pero seamos sinceros, esto no es un relato, esto no es una historia. Solo te estoy contando alguna mentira sobre mi vida. Habrá relatos maravillosamente escritos, perfectamente estructurados, personajes adorables y tramas redondas. Esto que estás leyendo no es nada de eso, pero tengo que enviarlo. Se lo debo a la pequeña Ilecara y a sus pájaros. Escribiré aunque duela, aunque pique, aunque escueza. Si ahora no tengo personajes, ni historia, me escribiré a mí,

a mi forma. Como cuando pegábamos un folio al cristal de la ventana y calcábamos dibujos perfectos. Antes todo era tan fácil...

La primera vez fue hace cuatro años. Justo el día antes de que se acabara el plazo, escribí un relato que contenía mucha ficción y un poco de verdad. ¿Por qué no? Me dije. Y le pedí a mi padre que me acercara a 'La Verdad'. A los meses, me escribió un amigo para decirme que había un relato mío en el periódico. Lo había olvidado por completo. Has quedado finalista, me dijeron por teléfono. Siempre son otros los que ganan. El fracaso se queda en casa. Un par de años más tarde, cuando se volvió a convocar el concurso, esa necesidad de haber escrito algo me volvía a obsesionar. Escribe, escribe, escribe. No puedo fracasar de nuevo. Esta vez no lo dejé para el último día, escribí, pulí, reescribí. Lo había terminado, lo había llevado a 'La Verdad'. Lo había conseguido otra vez. Me llamaron. Has quedado finalista. No has ganado. Pensaba más el fracaso. Fra-ca-so. Cómo se escuchan esas tres sílabas, laten en las sienes igual que los dolores de cabeza.

¿En qué momento pensé que podía no fracasar con aquello? Si no era capaz de sentarme a escribir ni un solo día, ¿cómo podría escribir un buen relato en tan solo una tarde? La única razón era la pequeña Ilecara y sus pájaros. De mayor tenía que ser escritora. Ya era mayor.

Y llego hasta aquí, son las once de la noche del once de abril. Mañana se cumple el plazo para enviar relatos al Rendibú y no tengo nada que merezca la pena. He intentado escribir sobre mis traumas infantiles, pero no son lo suficientemente bochornosos. También sobre la situación de los jóvenes, pero no encuentro el tono ni la chispa. Así que solo puedo enviar esto, es tarde y mañana tengo que madrugar para ir a la librería. Si no mando esto, no mando nada. Si no mando nada, no puedo quedar finalista, no puedo ganar. Solo queda entonces el fracaso. Fra-ca-so. Resuenan las sílabas en mi cabeza y entonces duele y el duende me aprieta el pecho y empiezo a sentir cosquilleo en el brazo izquierdo que es lo que me pasa justo antes de ponerme a llorar. Si no mando esto, me estoy fallando a mí misma, si no escribo porque duele, soy un fracaso. Así que aquí tienes, ya me has leído. Y aunque parezca que lo he escrito para ti porque me estás leyendo, no te olvides de que solo lo he escrito para dejar de sufrir. Qué sucio, qué hipócrita parece, ¿verdad? Te doy las gracias y te pido disculpas por la pérdida de tiempo, por la tomadura de pelo. Pero tenía que seguir mintiéndole a la pequeña Ilecara y a sus pájaros. No me atrevo a decirle que no, que se ha hecho mayor y que no es escritora. La verdad duele. La ficción no.